

Multipolaridad y cambio sistémico: el mundo del siglo XXI

AUGUSTO ZAMORA R.

Vive la sociedad internacional un cambio sistémico. Esto es más fácil de decirlo que de entenderlo y, más aún, de asumirlo desde el llamado Occidente colectivo. No hablamos de un cambio de potencias hegemónicas, como los que se han dado en los últimos cinco siglos. De España siendo sustituida por Francia y luego el imperio británico sucediendo a Francia, para después tomar el testigo la Unión Soviética y EEUU. No. Un cambio sistémico, que significa que el mundo dominado por Occidente durante 500 años está siendo sustituido —económica, política, cultural, militarmente—, por otro mundo, uno sin centro, con potencias grandes, medianas y pequeñas, que lo hacen multipolar. Un cambio de ciclo histórico respecto del cual aún no tenemos cabal idea de su magnitud.

Este cambio sistémico es la consecuencia natural de los cambios que se vienen dando en la sociedad internacional desde 1945, año en que concluye la Segunda Guerra Mundial, y año en que se funda la organización internacional que sustituirá a la fracasada Sociedad de Naciones, nacida de la Primera Gran Guerra. La Organización de Naciones Unidas (ONU o NNUU) fue fundada por 51 Estados, todos occidentales, con excepción de trece países de África y Asia. La primera gran tarea que asume la ONU —de la mano de la Unión Soviética y, para no perder el tren, EEUU—, es la liquidación de los imperios coloniales europeos, en lo que fue llamado «el proceso de descolonización».

El proceso descolonizador alcanzó su auge en las décadas de los sesenta y setenta, resultando en la primera gran transformación de la sociedad internacional. La ONU pasa de 51 miembros a 187 en 1980 y a 192 en este año 2025. En ocho décadas ingresan a NNUU 141 nuevos Estados, la vasta mayoría procedentes de África, Asia, Oceanía y las islas del mar Caribe. Ochenta años después de su fundación, la ONU ha experimentado una transformación radical, pese a lo cual la estructura y funcionamiento de NNUU mantiene, básicamente, el sistema creado en 1945, aunque el mundo poco o nada tenga que ver con aquel salido del más sangriento conflicto sufrido por la humanidad.

La Segunda Guerra Mundial deja un mundo dominado por dos superpotencias, la URSS y EEUU, que, aunque separadas por inconciliables modelos económicos, políticos e ideológicos, no dejan de ser potencias occidentales. Dicho de otra forma, las dos superpotencias continúan o mantienen la hegemonía de Occidente, de forma que, de muchas maneras, son la continuación del predominio occidental en el mundo, iniciado por España, en el siglo XVI, cuando construye el primer imperio marítimo planetario. Es, justamente, el dominio de los mares, lo que permite que un puñado de potencias europeas vayan imponiendo, a lo largo de los siglos siguientes, su dominio mundial.

La descolonización va resquebrajando la hegemonía occidental, que, paradójicamente, es prolongada en el tiempo por la Guerra Fría. El enfrentamiento entre superpotencias obliga al resto del mundo a mantener un perfil bajo, aliarse de una forma u otra con una u otra superpotencia y a mantener sus economías e intereses nacionales supeditados a los de la URSS y EEUU, pero, sobre todo, a los de EEUU, cuyo poder económico y el dominio de los grandes centros monetarios, le proporcionaba una capacidad de dominio mayor. EEUU y sus aliados europeos controlaban el FMI y el Banco Mundial, el sistema bancario y financiero internacional, eran dueños de las mayores empresas del mundo y mantenían bases militares y tropas en buena cantidad de sus ex colonias.

Aquel modelo de dominación indirecta fue llamado neocolonialismo, basado en el otorgamiento de independencias formales y el mantenimiento de la dominación real. Dicho de otra forma, se reconocía la independencia de una colonia, pero la ex potencia imperial mantenía la propiedad o el control de los recursos naturales, los ejércitos recién creados y las finanzas de los nuevos países. Fue el modelo impuesto por Francia, que obligó a aceptar a sus ex colonias, como monedas nacionales, el franco CFA y a reconocer el derecho de la primacía de las empresas francesas en el expolio de recursos del país. Este modelo es el que, en el presente, están liquidando varios países africanos (Mali, Burkina Faso, Níger, República Centroafricana, Senegal) y que han estado enterrando, de una forma u otra, un creciente número de países neocolonizados.

Una mesa de dos patas

La destrucción de la Unión Soviética marcó el fin, no solo de la URSS, sino del mundo bipolar, con consecuencias que nadie en Occidente, en la euforia del mo-

mento, llegó o pudo llegar a imaginarse: que con la desaparición de la URSS iba a desaparecer también la hegemonía occidental en el mundo. Nos explicamos. El mundo bipolar era como una mesa de dos patas, la URSS una y EEUU la otra. Con la desaparición de la URSS, desaparecía también la mesa. Es decir, desaparecía el último modelo de hegemonía occidental. Aunque en la primera década postsoviética Occidente, y principalmente EEUU, creyó que podría imponer un sistema unipolar (resumido en la tesis del *New American Century*, del siglo XXI como un siglo bajo la supremacía de EEUU), pronto las realidades fueron evidenciando los límites del espejismo de la unipolaridad.

Las guerras sucesivas desatadas por la OTAN, elegida como el martillo para modelar el *American Century*, iban fracasando una tras otra, de manera que las tropas atlantistas se veían obligadas a retirarse de los países invadidos (de Iraq en 2014, de Afganistán en 2022) o veían que la destrucción de regímenes adversados (Yemen, Libia, hoy Siria) se convertían en epicentros de problemas peores, como el yihadismo, las guerras tribales o la emigración incontrolada. El mundo no se hacía mejor, sino peor y más caótico, dejando una imagen cada vez más deteriorada de Occidente en el resto del planeta.

Mientras Occidente, por medio de la OTAN, se embarcaba en guerras interminables y ruinosas, partes fundamentales del mundo se reorganizaban, fortalecían e invertían sus recursos en promover el desarrollo de los países. Tal hicieron China, Rusia, India, Irán, Indonesia y otros Estados menos significados por su tamaño (Vietnam pasó casi tres lustros creciendo a una media del 7% anual), de forma que, en prudente silencio, la economía mundial se fue trasladando de Occidente a Oriente. El que hemos llamado «el arco del triunfo»,¹ es decir, un arco de países que van de la península coreana a India, con China como pivote, concentra, hoy, el 70% de la economía global y el 45% de la población del mundo. Ese «arco del triunfo» marca los pasos de la economía-mundo y, al mismo tiempo, por la misma razón, se ha convertido en la geografía más volátil del planeta, por la creciente confrontación entre China y EEUU, que ha declarado al Sudeste asiático la región más relevante del mundo para los intereses econó-

Mientras Occidente, por medio de la OTAN, se embarcaba en guerras interminables y ruinosas, partes fundamentales del mundo se reorganizaban y fortalecían

¹ Augusto Zamora, *Política y geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos*, Akal, Madrid, 2016.

micos, comerciales y militares estadounidenses (quien esto anunció fue Donald Trump, en 2017).

Los protagonistas inesperados

Las nuevas fuerzas emergentes fueron reuniéndose al margen de Occidente, dando lugar al nacimiento de lo que, hoy por hoy, son las dos organizaciones con más perspectivas de crecimiento en el mundo: los BRICS y la Organización de Shanghái (OCS). Los BRIC (Brasil, Rusia, India, China) se forman en 2009, por iniciativa de Rusia y, en 2010, se convierten en BRICS, al invitar a Sudáfrica a unirse al grupo. Los BRICS, en el presente, lo forman once miembros plenos (los cinco países fundadores más Arabia Saudí, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Etiopía, Irán e Indonesia) y nueve países asociados (Bielorrusia, Bolivia, Cuba, Kazajistán, Malasia, Tailandia, Uganda, Uzbekistán y Nigeria). Hay otros treinta países que han solicitado ingresar a los BRICS. El peso actual de los miembros de los BRICS+ en la economía mundial es del 37,3 % del PIB, superior al del G7 y dos veces y media el de la Unión Europea, que es un 14,5%.

No menos relevante es su papel en el mundo. Como editorializó el diario *Global Times*, del Gobierno chino:

La fuerza impulsora detrás del desarrollo de los BRICS es la creciente demanda de los países en desarrollo de un orden internacional más justo y equitativo, pues en las últimas décadas el mundo ha soportado cada vez más el peso de las acciones hegemónicas de las potencias occidentales. [...] Los BRICS no han seguido el camino occidental de formar bloques exclusivos, sino que han trazado un nuevo camino de diálogo, no de confrontación; de asociación, no de alineamiento.

La expresión «acciones hegemónicas» hace referencia a las políticas de guerras de agresión, sanciones y bloqueos contra países que el atlantismo ha convertido en política cotidiana.

La Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) fue fundada en Shanghái el 15 de junio de 2001. En el presente está integrada por diez estados miembros (China, India, Irán, Kazajistán, Kirguistán, Rusia, Pakistán, Tayikistán, Uzbekistán y Bielorrusia), dos estados observadores interesados en convertirse en miembros (Afganistán y Mongolia) y catorce Asociados al Diálogo (Armenia, Azerbaiyán, Bah-

reín, Egipto, Camboya, Qatar, Kuwait, Maldivas, Myanmar, Nepal, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Sri Lanka y Turquía). Como puede verse, la OCS está concebida como una organización intergubernamental esencialmente asiática, aunque abierta a la participación de países africanos (Egipto) y europeos (Armenia, Azerbaiyán), sin que se descarte su ampliación a países americanos o de Oceanía. En suma, tendría vocación mundial.

La OCS tiene centrada sus actividades en temas de seguridad regional, lucha contra el terrorismo, el separatismo étnico y el extremismo religioso. «El objetivo clave de la OCS es la cooperación, lo que se desprende de su nombre. De ahí que no se puede comparar con una organización como la OTAN», aclaró, en mayo de 2023, el entonces secretario general de la OCS, Zhang Ming. Los esfuerzos de la OCS «están centrados en promover la cooperación en el marco de esta organización, así como a avanzar siguiendo su propio camino de desarrollo, a hacer su aporte al logro de la paz, la seguridad, la estabilidad y la prosperidad de la región y del mundo entero», apostilló.

No es posible entender la sociedad internacional del presente sin atender el papel que vienen representando, desde su creación, los BRICS y la OCS. En el seno de estas dos organizaciones se está poniendo en práctica una nueva forma de relaciones entre estados, desde perspectivas de efectiva igualdad soberana, respeto y cooperación, con el diálogo, la negociación y el consenso como piedras angulares para resolver diferencias. Un modelo que en la antítesis de lo que ha sido, durante 500 años, el modelo occidental.

Nuevas grandes potencias como China están trabajando con potencias medias como Pakistán en la construcción de un nuevo modelo de sociedad que sustituya al occidental

La suma de los BRICS y la OCS da casi el 60% de la población del planeta y alrededor del 50% del PIB mundial. Si se quiere entender el proceso imparable del establecimiento de una sociedad multipolar hay que partir de que la riqueza en el mundo está cada vez más repartida y de que los grandes polos políticos, económicos, comerciales, industriales y de I+D están en Asia. Entender, además, que nuevas grandes potencias –Rusia, China, India– están trabajando con potencias medias –Pakistán, Irán, Indonesia, Brasil–, en la construcción de un nuevo modelo de sociedad que sustituya al occidental.

Ucrania: la soberbia occidental produce monstruos y muertes

El conflicto sobre Ucrania es producto del peor y más desastroso error de cálculo de los países atlantistas. Mezcla de soberbia y análisis erróneos, los gobernantes de EEUU y la UE lo fiaron todo a las cifras y se olvidaron de la realidad. El PIB de Rusia, se dijeron, es similar al de España. ¿Qué podría hacer Rusia frente a una batería de sanciones económicas y financieras de países que, conjuntamente, representan el 37% del PIB mundial? Nada. Alguno se permitió el chascarrillo de describir a Rusia como una gasolinera con bombas atómicas. Los hechos demostraron la magnitud del error. La economía rusa no solo no se derrumbó, sino que resistió mejor que la europea el impacto de las sanciones, como demuestran los datos. El PIB de Rusia creció un 4,1% en 2024, cifra que contrasta con el ridículo crecimiento de la Eurozona, que fue de un raquíto 0,7%, según datos proporcionados en enero de 2025 por la agencia Eurostat.

En informe presentado a la Duma (Parlamento), el primer ministro, Mijaíl Mishustin, declaró que el PIB de Rusia había crecido en 200 billones de rublos (2,3 billones de dólares) en 2024, «casi duplicándose desde 2020». Los ingresos de los presupuestos regionales «casi se duplicaron en cinco años», superando los 20 billones de rublos (237 000 millones de dólares) en 2024. En suma, que las más de 22 000 sanciones aplicadas a Rusia, además de no hacer mayor mella en su economía, habían sido un enorme acicate para reindustrializar el país y modernizar y fortalecer su economía. El tiro por la culata.

No fueron mejor las cosas en la guerra. A marzo de 2025, nadie, a excepción de los fanáticos y los desinformados, duda de que Rusia ha ganado la guerra. Ese resultado lo habían previsto, desde 2022, quienes sabían lo básico de los conflictos armados. Como afirmó en abril de 2022 el coronel ® del ejército de EEUU Douglas Macgregor, «Moscú no puede perder la guerra con Ucrania más de lo que Washington podría perder una guerra con México». Tres años después del inicio del conflicto (que, realmente, comenzó en 2014, con el golpe de Estado del Maidán), Ucrania ha perdido el 60% de su población, el país está en ruinas y, en el campo de batalla, sus fuerzas armadas acumulan un millón de muertos, en cifras corroboradas por distintas fuentes.

La irrupción del presidente reelecto de EEUU, Donald Trump y su ruptura con la línea seguida por la administración Biden, abriendo un diálogo con Rusia para al-

canzar un acuerdo de paz sobre Ucrania, ha puesto patas arriba a la Unión Europea, que, de forma brusca e inesperada, ha visto cómo perdía a su mayor aliado y, peor aún, lo ve dialogando con el enemigo ruso, a contracorriente de la línea de confrontación defendida por los gobiernos atlantistas europeos. El –aparente– cambio de rumbo de EEUU podría obedecer, más que a un cambio de política hacia Rusia (con la que EEUU tiene poderosas contradicciones), a una forma de presionar duramente a la UE para que asuma los niveles de gasto militar que Trump viene exigiendo desde su primer mandato. Debe recordarse que en la cumbre de la OTAN de julio de 2018 el presidente estadounidense demandó que los países miembros aumentaran el gasto en defensa del 2% al 4% del PIB para 2025. Ningún país europeo lo hizo. En el presente, en cambio, con la retirada del apoyo a Ucrania y el diálogo con Rusia, el Gobierno Trump está logrando en semanas lo que no pudo durante los cuatro años de su anterior mandato.

La fiebre bélica que está recorriendo la Europa atlantista es un éxito fundamental para EEUU y su expansivo complejo militar-industrial. Los cacareados 800 000 millones de euros solicitados por la UE para el rearme de la Europa atlantista, si acaso se pudieran reunir –algo bastante difícil sin endeudarse hasta el exceso–, irían masivamente a las empresas armamentistas estadounidenses, pues no hay capacidad industrial europea que pueda absorber tal cantidad de dinero. Como señaló el Inspector General de la Bundeswehr, Carsten Breuer, a inicios de marzo de 2025, en declaraciones al diario alemán *Berliner Zeitung*, «la Bundeswehr debe estar lista para la guerra y el combate lo antes posible, en 2029. Esto solo se puede lograr si se sigue confiando en la OTAN y se compran armas a Estados Unidos, a pesar de las tensiones actuales con Washington. La industria de defensa europea por sí sola no será capaz de satisfacer la demanda tan rápidamente». Como se dice en Derecho Penal, a confesión de parte, relevo de prueba.

Si tal ocurriera, Trump habría logrado el más espectacular gol político-militar de EEUU sobre la UE desde la Segunda Guerra Mundial, pues, además de obtener unas compras masivas de armamentos estadounidenses, el control que EEUU suele imponer sobre el armamento exportado haría aún más humillante la sumisión europea a Washington. Una sumisión que vendría a acelerar, todavía más, el declive de Europa occidental, notable desde las derrotas militares en Iraq y Afganistán, las calamidades en que sumieron a Libia, los horrores en que han hundido a Siria y, sobre todo, el genocidio en Gaza, que no habría sido posible sin el apoyo incondicional a Israel por parte de EEUU y la UE.

Para terminar de entender la situación del atlantismo en este mundo multipolar, debe tenerse en cuenta que la OTAN es, en el presente, la única organización militar existente en el mundo y la única que ha protagonizado cuatro guerras de agresión contra países indefensos. Estas y otras acciones, entre ellas el papel violento en Ucrania, han hecho de la UE la región más aislada del planeta. La medida más evidente de ese aislamiento es que la Europa atlantista no es visitada por casi nadie. El 8 de mayo, ochenta aniversario de la victoria soviética en la Gran Guerra Patria, Moscú será escenario de la mayor reunión de dirigentes mundiales en años. De Xi Jinping a Lula, pasando por líderes africanos, asiáticos e iberoamericanos. Algo así es impensable en esta Europa atlantista. Los líderes europeos solo se reúnen con ellos mismos. Es la postal que representa el papel de la Europa atlantista en la sociedad del siglo XXI.

Cambiar de monedas para cambiar el mundo

El cambio sistémico en que se encuentra inmersa la sociedad internacional es un proceso que llevará tiempo, no menos de diez años y, posiblemente, no más de

**Hacia 2030-2035
posiblemente no haya
ningún país europeo
entre las grandes
economías del mundo,
que serán todas asiáticas
a excepción de
Rusia y EEUU**

dos décadas. Dicho esto, debe decirse que la multipolaridad económica es ya un hecho consolidado. Puede que hacia 2030-2035 no haya ningún país europeo entre las grandes economías del mundo, que serán todas asiáticas, sin más excepción que Rusia y EEUU. Los otros procesos, como la refundación y descolonización de NNUU² o el nuevo marco jurídico para un nuevo orden mundial, se irán abordando a medida que la multipolaridad se vaya imponiendo haciendo sumas, no restas. Es decir, haciendo lo opuesto a la práctica del atlantismo, de pretender someter países empleando la fuerza o la economía.

Otros procesos, como la sustitución paulatina del dólar por otras monedas (o el establecimiento, como norma, del derecho de cada país o grupo de países de comerciar con sus propias monedas), son procesos ya en marcha irresistible y que, de muchas formas, son y dan la medida del proceso de “desoccidentalización” que vive el mundo. Cada vez un mayor número de países está abandonando los sis-

² Abordado en Augusto Zamora, *Multipolaridad y descolonización de Naciones Unidas*, Akal, Madrid, 2024.

temas financieros y bancarios controlados por Occidente, para establecer sus propios mecanismos.

La Comunidad de Estados Independientes (CEI), organización integrada por antiguas repúblicas ex soviéticas (Rusia, Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán), realizan ya más del 85% de sus operaciones comerciales en divisas nacionales. En este 2025, la CEI tiene decidido abandonar el dólar en lo que resta de sus transacciones, para alcanzar la plena libertad comercial, sin tener que estar sujeta a los vaivenes políticos y comerciales del dólar.

Camino similar siguen los BRICS, que han manifestado en reiteradas ocasiones su rechazo a la manipulación del dólar para perseguir objetivos políticos y económicos. El grupo ha resistido, especialmente, las sanciones impuestas por Occidente a países como Rusia o Irán. Los BRICS trabajan en la consolidación del Nuevo Banco de Desarrollo (NBD), que funciona con fondos de los países miembros, para excluir o reducir el papel de organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI), manejado por Occidente. También tienen en agenda la eliminación del dólar en sus transacciones económicas, financieras y comerciales, liberándose de los usos coercitivos tan del gusto de UE y EEUU, cuando quieren doblegar a un país o grupo de países.

Las medidas adoptadas por la CEI y los BRICS provocarán, entre otros múltiples efectos, una reducción de la influencia económica de EEUU; facilitarán la expansión de nuevos mercados basados en monedas nacionales, estimularán la firma de acuerdos comerciales libres de la dependencia de intermediarios financieros en dólares y darían una mayor estabilidad económica a los países miembros de ambas organizaciones. De guinda, al desvincularse del dólar, las economías nacionales serían menos vulnerables a las fluctuaciones de la moneda estadounidense, que no vive sus mejores momentos. Al reducirse la demanda global de dólares, esta moneda vería afectado su valor, así como su papel como principal divisa de reserva internacional.

Otros países van siguiendo los pasos de la CEI y los BRICS. En junio de 2024, Arabia Saudita rehusó prolongar el acuerdo de petrodólares con EEUU, que le obligaba a comercializar todos sus recursos energéticos en dólares. Ese junio se cumplían cincuenta años del establecimiento de la alianza entre los dos países.

El acuerdo estadounidense-saudí fue establecido en 1974, con el propósito de rescatar al dólar de la crisis en que se había sumido, luego de abandonar EEUU el sistema de Bretton Woods, basado en el patrón oro, ante la imposibilidad de la economía estadounidense de seguir sosteniéndolo. La decisión saudita ha provocado que el dólar deje de dominar el comercio petrolero. En el presente, el gobierno saudí comercia su petróleo con China en yuanes, lo que tiene dos lecturas, una política, de distanciamiento de EEUU; otra económica, de retomar el control de la economía saudita. Ambas lecturas llevan saldo negativo para EEUU.

Hay más. En noviembre de 2024, Rusia anunció su plan, para 2030, de elevar al 90% los pagos en monedas nacionales con sus socios de África. El asesor presidencial ruso, Antón Kobiakov, expresó: «Planeamos crear una infraestructura financiera de pago independiente, aumentando al 90% para 2030 la proporción de pagos entre Rusia y África en monedas de países amistosos», durante la primera conferencia ministerial del Foro de la Asociación Rusia-África, celebrado en Sochi, Rusia. En febrero de 2025, India e Indonesia firmaron un acuerdo para utilizar sus monedas nacionales en sus intercambios comerciales. Indonesia ya tiene acuerdos suscritos para el uso de monedas nacionales con China, Japón, Malasia y Tailandia. Y seguimos y no paramos...

Al SWIFT le hacen *switch*

Hasta hace relativamente poco, el SWIFT, una plataforma privada con sede en Bruselas, que conecta a unas 11 000 instituciones financieras de más de 200 países, era el principal sistema de procesamiento de pagos. La práctica totalidad de

Las sanciones draconianas contra Rusia han acelerado el desacoplamiento del mundo con el Occidente atlantista y el surgimiento de múltiples polos financieros y comerciales

las transacciones bancarias mundiales pasaban por él. La decisión de EEUU y la UE de utilizar el SWIFT como instrumento para boicotear y hundir las economías de los “países paria” provocó una reacción mundial dirigida a abandonar dicha plataforma para evitar ser las próximas víctimas. El resultado ha sido explicado en el acápite anterior. Las sanciones draconianas contra Rusia –antes contra Irán–, han tenido un efecto bumerán. Ade-

más de no alcanzar sus objetivos, ha acelerado el proceso de desacoplamiento del mundo con el Occidente atlantista y el surgimiento de múltiples polos financieros y comerciales.

Se abre ante nosotros un panorama de multipolaridad monetaria, expresión genuina e irreversible del mundo multipolar en construcción. Durante casi dos siglos y medio, el doblón de plata español fue la moneda de referencia mundial. La libra esterlina lo fue sustituyendo después de las guerras napoleónicas, como el dólar de EEUU sustituyó a la libra británica después de la Primera Guerra Mundial. En este siglo XXI no habrá ninguna moneda de uso casi obligatorio. Será el reino de las monedas nacionales, con múltiples plataformas de intercambio que dejarán como una más al otrora todopoderoso SWIFT. La caída del SWIFT servirá de símbolo, emblema, alegoría, del fin de la hegemonía occidental y el surgimiento de un mundo multipolar, con su epicentro en Asia.

Ahora estamos en los inicios del cambio sistémico, que, en la “Burbuja Europa”, no quieren entender y, menos, asumir. Es así que se han ido quedando fuera de todo, arrinconados en la irrelevancia y en la histeria de una guerra que solo existe en los delirios de una casta dirigente que se quedó colgada del siglo XIX y que cree que sigue en él. Esta península de Eurasia se ha quedado desmontada del mundo, el mundo lo sabe y pasa, olímpicamente, de ella. La ONU va por allí. Creada hace ochenta años bajo dominio occidental, con todas sus sedes en manos de doce países ricos europeos, EEUU y Canadá, se ha quedado arrinconada de un salón en el ángulo oscuro, superada en todo por un mundo que nada tiene que ver con el de 1945. Ahora toca esperar. La gran novedad vendrá de fuera. De Rusia, China, India, EEUU. El mundo multipolar.

Augusto Zamora R. fue embajador de Nicaragua en España y es profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, además de autor de diversos libros.

